

1999

López Castaño, Oscar. *La crítica literaria latinoamericana o del diálogo cultural con los otros.* Medellín: C.A.A., 1996.

Marcelo Paz

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Paz, Marcelo (Primavera-Otoño 1999) "López Castaño, Oscar. *La crítica literaria latinoamericana o del diálogo cultural con los otros.* Medellín: C.A.A., 1996.," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 49, Article 90.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss49/90>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

López Castaño, Oscar. *La crítica literaria latinoamericana o del diálogo cultural con los otros*. Medellín: C.A.A., 1996.

Inmenso desfavor estaríamos haciéndole al libro de Oscar López Castaño si comenzáramos este, nuestro diálogo, con una sucesión de adjetivos, suspiros grandilocuentes o respiraciones entrecortadas por la emoción. Nada más alejado del tipo de recomendación que toda reseña literaria implica y que el crítico colombiano estaría dispuesto a aceptar en el espacio de sus exigentes juicios de valor. Podríamos resaltar en *La crítica latinoamericana: o el dialogo cultural con los otros* -siguiendo así una adjetivación más cónsona con esos juicios- el derrotero de una investigación 1) “racional”, el despliegue de una lectura 2) “ordenada” y el esfuerzo 3) “pedagógico” de un trabajo que siempre busca “cultivar al lector.” Extendámonos ahora en los tres adjetivos señalados precedidos de una salvedad.

Es importante señalar que el contexto particular de estas palabra, el entorno de una revista especializada en el ambiente norteamericano, nos obliga a hacer un comentario sobre el impacto de la publicación colombiana que nos ocupa: ella parecería inaugurar los primeros escauceos en la erección arquitectónica de una crítica, hasta ahora, “inexistente.” Al hacerlo, la lista de críticos colombianos se incrementa, esta vez, con uno que escapa a la naturaleza acrítica de la mayoría de sus antecesores. “Hay críticos pero no crítica,” señala López Castaño con paradójica astucia al iniciar un camino que intentará revertir dicho estado de cosas. En torno a la contradictoria dinámica del binomio crítico/crítica, y en el “reflujo” resultante de toda interpretación, me gustaría insertar una discrepancia, más que nada un interrogante, si se quiere tangencial, en lo que respecta a la orfandad crítica colombiana y por añadidura del continente latinoamericano. ¿No será justamente la falta de profesionalismo en las filas de la crítica literaria latinoamericana, la ausencia señalada por López Castaño, lo que más ha contribuido al inmenso vuelo crítico de sus creadores? En la nutrida lista de críticos *sui generis* que incluye entre otros a Borges, Lezama Lima y Paz (para evitar la engorrosa faena de lidiar con nuestros contemporáneos), se ha articulado un corpus teórico considerable y, lo que es más importante

aún, carente de aquellos vicios que la aguda mirada de López Castaño discrimina. La importancia de esta tradición puede constatarse en el surgimiento posterior de importantes críticos, a los que directa o indirectamente nuestro libro alude y de los cuales extrae considerable rédito teórico. Piénsese en Angel Rama, Gutiérrez Girardot y Saúl Yurkievich, para citar sólo algunos ejemplos.

Comencemos por destacar en *La crítica latinoamericana* la virtud de lo 1) racional. La defensa de un racionalismo crítico, antídoto del impresionismo vituperante o laudatorio de la crítica tradicional, se articula en el uso de constructos teóricos. Ellos tienden a desplazar a la conversación hermenéutica del tradicional subjetivismo ingenuo en el que vegetaba el comentario diletante del quehacer crítico colombiano. Al hacer uso del mencionado arsenal teórico, López Castaño no abandona uno de los presupuestos básicos de toda crítica: conservar un alto grado de autonomía que guíe al teórico en una lectura que debe ensayar constantemente la necesidad de “revisar el esfuerzo creador.” La revisión implica el acto de reacomodar, en el sentido de recontextualizar, en suma y para aludir a lo que sin duda ha persistido en la lectura de este texto en el “reflujo, muy flotante, de certezas e incertidumbres puestas al servicio de una discusión:” la imposibilidad de no leer de otra manera que no sea dialógicamente. En el espacio propuesto por el libro, en el *diálogo cultural* en el que nuestra otredad es llamada, dicha revisión se da entonces no sólo al tratar el “esfuerzo creador” representado en la ficción sino al instante de la recepción en el ámbito de otra empresa no menos creadora: la del esfuerzo crítico. Se van a suceder así, en el marco de la conversación que mantiene el crítico con sus lectores, una serie de categorías teóricas (sujeto de la enunciación, cronotopo, isotopía, focalización, etc.) cuya finalidad va mucho más allá de una mera puesta al día (y cuyo mero resultado sería la estabilización de la crítica literaria como ciencia, legado innegable del formalismo ruso) y que se justifica en la habilidad manifestada por dichas categorías a la hora del desentrañamiento de los textos. Es así cuando al recurrir, por ejemplo, al concepto bajtiniano del cronotopo en uno de los apartados del libro donde se ocupa de la novela de María Luisa Bombal *La última niebla*, como López Castaño resalta la pertinencia de ese concepto en la habilidad que demuestra tener para determinar la “imagen del hombre en la literatura” (Bajtín), relacionándolo luego con cierta particularidad histórica del hombre urbano en el cono sur. Similar aplicabilidad explicativa trasunta el recurso, en absoluto tecnicista, de referirse al concepto de la focalización cuando trata el cuento “Luna de medianoche” del autor antioqueño Manuel Mejía Vallejo. Una suerte de exceso significativo justifica su inclusión, en tanto y en cuanto, dice el crítico colombiano, “detrás del aspecto focalizador hay una posibilidad de sentido determinada por una forma de ver el mundo en un contexto específico: el de la vida de los colonos aferrados a la tierra y a prácticas sociales de

naturaleza tradicional.” Lingüística, dialogismo, estructuralismo, narratología, semiología, posestructuralismo y postmodernidad, se constituyen en marcos teóricos válidos en la medida en que son contrastados en el examen de “su plausibilidad en una narrativa particular.”

La aptitud de ser 2) ordenada, como requisito de toda lectura literaria, está sostenida en la que reseñamos en un derrotero organizado cronológicamente sobre textos que en su mayoría pueden ser caracterizados como narrativa breve. La cronología, si bien no trasunta un aliento historiográfico —el horror al “gran relato” que López Castaño ha sabido asimilar de los postmodernos— no deja de comentar sobre “la cifra del hombre de la región visto por la narrativa,” de la misma manera que el texto, atento al latido de la historia, se resiste a exacerbar una visión inmanente de la literatura. En cuanto a la limitación genérica, el recurso a la economía del cuento se presta perfectamente al utilitarismo dialógico de un texto que quiere ejemplificar una manera responsable de hacer crítica literaria. La “unidad de pensamiento” que amalgama el texto de López Castaño es hilvanada en un apartado introductorio, “La crítica o del diálogo al monólogo,” que resalta el trabajo mediador de la crítica comprendida como un “diálogo de saberes” muy próximo a la conversación socrática. Su segunda parte se ocupa de los vicios de una crítica monológica (el solipsismo, el teoricismo ininteligible, la prisión lingüística, el servilismo, el ahistoricismo) para señalar como contrapartida las responsabilidades de una crítica con vocación conversacional. El viaje textual se inicia seguidamente en el primer “repliegue” de una elucubración enmarcada de la siguiente manera: “El matadero o del sujeto de la enunciación romántica” constituye el primer “fragmento-capítulo” (según la terminología del colombiano) seguido del aludido sobre Bombal. El siguiente, “Un señor muy viejo con unas alas enormes o del Realismo Maravilloso,” pretende discernir el subgénero frente a la archiconocida limitación del Realismo Mágico, ya casi un sinónimo de García Márquez. El cuarto ejercicio se ocupa del mencionado cuento de Manuel Mejía Vallejo. Lo sucede “La noche que lo dejaron solo o de la isotopía” en el que la reiteración significativa es constatada en el relato de Rulfo. El sexto, “El eclipse o de la parodia” nos presenta la inversión de la realidad que opera en el texto de Augusto Monterroso. De los dos últimos, el primero, “Rigoberta Menchú o del testimonio,” es el único que no se refiere al género cuento y en él se discute (sin la limitación que conlleva la aplicación de un concepto teórico) su estatuto genérico en una literatura en proceso de descanonización. Cierra la serie el apartado dedicado a Bryce Echenique: “Carta a Martín Romaña o de la autorreferencialidad,” donde se trata la misma, denominador común de la narrativa latinoamericana, como fuerza estabilizadora de lo que, hasta el agotamiento, ha dado en llamarse tendencia postmoderna (en este sentido también, la lectura de nuestro crítico escapa de los lugares comunes).

El tercer juicio crítico que nuestro lector cultivado aceptaría conforme, es aquel que alude al innegable aliento 3) pedagógico de su texto. Sin embargo, es allí mismo donde la virtud más sobresaliente de la propuesta, su insistencia en lo dialógico, pareciera resentirse un poco. Se hace necesario aclarar que hay aquí dos conceptos de lo pedagógico. En el primer sentido, en lo que hace al cultivo del lector no profesional y al trazado de los lineamientos de una depurada y esclarecedora crítica que lo ponga a salvo de la charlatanería impresionista, el discurso de López Castaño mantiene la apelación constante a su imprescindible interlocutor. Pero hay un segundo sentido de lo pedagógico que acarrea el peligro de reincidir en el monólogo, implícito éste en alguno de los juicios articulados quizá en el reflujo resultante del usar y el ser usado por el lenguaje. En ellos parece permear la supuesta virtud de un humanismo tradicional y muy canónico que la “unidad de pensamiento” expresada por el libro en su totalidad, no obstante, se preocupa por rechazar. Se habla así de un “significado purificador” en la lectura literaria en contraposición a un “mero pasatiempo,” cuando en otro instante se aludía a un “rebasamiento con el lenguaje” lo que, inversamente, no hace más que constatar el ludismo irreductible de una enunciación que resiste el soliloquio tácito en aquel didactismo (un “mero” juego con el lenguaje que afortunadamente y con fruición el texto de López Castaño, no deja de ejercitar). El mismo no deseado resultado parece teñir el excesivo celo profesional que trasunta el fragmento en el que el crítico traza el perfil del lector cultivado como “alguien profesional del espíritu, *distanciado* de sí mismo para *trascender* a un mundo de *valores no inmediatos*” (mi énfasis). La fuerza aleccionadora de los trabajos de la literatura (tanto de creadores como de críticos) puede ser nula en el mejoramiento moral de los hombres (entre otras cosas por la insalvable dificultad de igualar los logros del humanismo con un grupo muy particular de “hombres”). Paradójicamente, el reconocimiento de una supuesta reserva moral en la literatura ha servido en Occidente para eternizar un canon que, la dialogía implícita en todo el discurso de nuestro crítico y la lista de autores tratados (Bombal, Mejía Vallejo, Monterroso, Menchú), no deja de cuestionar constantemente.

Esta supuesta interrupción en la alocución a los otros no es tal, ya que nuestro infatigable conversador, consciente del desbordamiento que su utilización implica, sabe que el lenguaje siempre “ha saldado su cuenta por la pretensión de querer ejercerlo desconociendo su carga tiránica.” Un libro tan comprometido con el lenguaje podría constituirse en una excelente herramienta para aquellos que empiezan a dar sus primeros pasos en un oficio que, gracias a su contribución, será ejercido por los que dialoguen con él, como una búsqueda racional, ordenada y sobre todo, placentera.